

El ideal ético de las Universidades Modernas

(Discurso leído por el doctor Ricardo Levene)

Señor Vicepresidente de la Universidad, señores Académicos, señores Profesores, señores:

Acaso en esta oportunidad, sea obligado el exordio; pocas veces más difícil la tarea del orador frente á una asamblea tan clasificada y en un acto de tal significación, en que la familia universitaria platense, se apresta á iniciar su labor, simbólica como la de la colmena, al propio tiempo fecunda y silenciosa. Explicable es entonces que haya aceptado, pero no sin cierta entrañable emoción, esta honrosa designación de que he sido objeto por parte de la Vice-Presidencia de la Universidad.

Señores:

Asistimos y somos sus colaboradores, á la intensa evolución que transforma las universidades modernas. Es ya un lugar común decir que el soplo vivificador ha sido la ciencia. Nacida con Leonardo de Vinci — que leyó con la observación y la experiencia muchos secretos en el gran libro abierto de la naturaleza — la verdad científica, suscitó desde la primera hora la protesta del enemigo ancestral: el espíritu metafísico, poseedor providencial de verdades absolutas é inmutables. Comenzó el martirologio del genio, cien veces repetido, en todos los pueblos y hasta nuestros días: desde Galileo que fué un perseguido, hasta Ameghino, cuya muerte pareció necesaria para estimar su vida.

Pero la ciencia se hizo útil á la humanidad, y conquistó gradualmente los espíritus convertidos al precio de los servicios prestados. Fué una lucha secular. Algunas veces tuvo por imponente escenario, el mismo espíritu de los sabios. La observación atenta descubre cómo en Descartes y en Leibnitz, la Física no ha salido entera ni ilesa del combate con la Teología. El prejuicio fué disipado, como la luz disipa las sombras, cuando la ciencia encontró su ambiente,

la libertad de la investigación y su refugio, la Universidad. Fué su templo. Algunas le abrieron sus puertas y el soplo vivificador barrió las briznas deleznable del pasado; pero otras, sintiendo peligrar la seguridad de sus cimientos, contestaron y contestan aún, como la Universidad de Salamanca hace 140 años á la invitación que le formulara el progresista rey Carlos III: «Los sistemas de Newton y de Copérnico se concilian muy mal con la verdad revelada».

A fines de la pasada centuria el balance científico de tres siglos fué un rotundo desmentido á la pretendida bancarrota de la ciencia. Cada década, sin embargo, el enemigo se alza de las sombras, y disfrazado de mercader, después de haberse creído filósofo, pregunta con sorna: ¿qué ha adelantado la ciencia en los últimos años?

La mueca se ha hecho sangrienta en esta hora solemne para la historia. ¿Que han conseguido la Ciencia Política, el Derecho, la Economía, la Ideología con respecto á la solidaridad y paz humanas? ¿Que grado de veracidad contiene la doctrina que explica la sociedad moderna igualitaria, como una interdependencia fundada en relaciones económicas y morales, frente á las guerras internas y á la lucha de clases? Que puede ser—conforme á ese criterio—sino una «grande ilusión», la hipótesis de Norman Angell, cuya obra, publicada hace apenas tres años, ha logrado una difusión solo comparable al «Quijote» ó al «Origen de las especies», y en la que se afirma no que la guerra es imposible, porque existe y es una cruel realidad, sino «que es ineficaz aun suponiéndola victoriosa, como medio para obtener aquellos fines morales y materiales que resultan de las necesidades de los pueblos modernos».

Todavía no está al alcance de todos los hombres, ni siquiera de los intelectuales que sonríen con elegante escepticismo, el profundo sentido de esta bella sentencia de Condorcet: «El marinero, al que una exacta observación de la longitud, preserva del naufragio, debe la vida á una teoría concebida hace dos mil años por hombres de genio que se ocuparon en simples especulaciones geométricas».

En la Universidad de La Plata, una de las más jóvenes universidades del mundo, la ciencia ha encontrado su casa propia. Está presente en todas partes: en los laboratorios, gabinetes, museos y seminarios; en el método de trabajo; en la investigación pura y desinteresada que cultiva, en el amor que se la profesa. Está en su casa porque se siente libre, porque el pasado tradicional no le ha exigido una sola concesión, porque no ha habido lucha y esta paz auspiciosa que resulta de la concordancia espiritual de todos, semeja á la sombra, propicia á la meditación.

Cuando no se pudo decir más que la ciencia había hecho crisis, en virtud de la prosperidad y bienestar de las sociedades modernas, sin paralelo posible con cualquiera otra época, se ha proclamado que la ciencia ha hecho la bancarrota de la moralidad, que ha secado el corazón de los hombres, aunque ha nutrido su inteligencia, desterrando del espíritu los dogmas del deber y del honor.

Señores: Un filósofo y artista contemporáneo, cuyas lecciones están impregnadas de persuasión y de amor. John Ruskin, enseñaba á la juventud de Inglaterra, para despertar su alma é incitarla á me-

ditar acerca de la vida. En la lección sobre los «tesoros de los reyes», en que no habla de príncipes reinantes ni de maravillosas riquezas, observa que entre las ideas dominantes en los pueblos, se pone delante, como el estímulo más grande para la juventud, la del «avance en la vida». «El avance en la vida, dice el filósofo, significa hacerse conspicuo en ella, obtener una posición reconocida por lo demás como respetable y honrosa. No entendemos por este avance, en general, el mero hecho de ganar dinero, sino el que se piense que lo ganamos; no el cumplimiento de cualquier gran fin, sino el que se crea que lo cumplimos».

Pero Ruskin no podía proseguir un discurso sin conocer si el auditorio estaba con él ó contra él.

«Permitidme que ruegue, dijo, que levanten sus manos, los que admiten que el amor de la fama es generalmente el motivo más fuerte en las almas humanas para perseguir el avance, y el honrado deseo de cumplir alguna clase de deber un motivo enteramente secundario». El auditorio no estaba seguro de que el conferenciante hablase en serio y en parte se sentía tímido para manifestar su opinión. El filósofo insistió proponiendo la misma cuestión en estos términos: «¿Quieren levantar sus manos los que piensen que el deber es generalmente el primer motivo y el amor de la fama el segundo?»... Alguien observó que se había levantado una sola mano...

Y bien. La observación del medio social argentino, acaso por hallarse en un punto climatérico de evolución, denuncia, en efecto, la existencia en la juventud, de gérmenes de una enfermedad moral disolvente, de una ausencia de energía, de una incredulidad en la eficacia del esfuerzo propio que incita a no hacer ó á hacer por caminos fáciles, por donde desfila la legión de arrivistas que asaltan las posiciones públicas poniendo en práctica una nueva especie de estrategia en la paz.

Digamos, en primer término, que esta observación se hace con instrumentos que pertenecen á la ciencia. Cuantos males aquejan á las sociedades y á los hombres, y minaron en secreto su existencia desde tiempos antiguos, que métodos modernos han puesto en descubierto. Digamos también que este grave mal proviene, no de la ciencia, sino de una torpe aplicación seudo-científica, de una enseñanza primaria y secundaria que instruye y no educa, conforme á un pensamiento tan difundido como poco practicado, de una enseñanza media, que sustituye su función de forjar y arraigar aptitudes técnicas y profesionales é indestructibles disciplinas morales é intelectuales, formando caracteres incorruptibles y ciudadanos de una democracia, por la pretensión de hacer sabios enciclopédicos á la edad de diez y seis años... Picos de la Mirandola, agraviados por algunas Facultades Universitarias, que les exigen como condición previa un examen de ingreso, para estimar su preparación en ortografía, sintaxis y estilo... Se siente deseo de decir, recordando una frase conocida: ¡oh Ciencia, cuantos absurdos se cometen en tu nombre!...

Avisados de este peligro, sociólogos y pedagogos, se lanzaron á la busca de la panacea, para orientar la misión de la escuela en el seno de una sociedad heterogénea como la nuestra. Algunos se

inclinaron por la fórmula, la escuela debe argentinizar, aunque sin definir el concepto preciso que esta afirmación entraña. Cuantos llegaron á equivocarse su sentido entendiéndolo por argentinización, enseñar preferentemente la historia externa del país, formar al alumno en el concepto heroico y militar de la patria, olvidando la historia secular de la lucha por la cultura y la libertad.

Pocos se sustrajeron á la convicción común de que la obra educativa correspondía exclusivamente á la enseñanza primaria y secundaria, dejando libre á la Universidad, de esta incómoda obligación de enseñar la moral en el templo de la ciencia.

No es necesario manifestar que la verdadera ética está fundada en la ciencia. Moral privada ó política y sociológica, nada hay que sea arbitrario y no se conforme con normas científicas, inferidas de la observación y de la inducción, del conocimiento de los hechos que presiden la constitución y desarrollo, psicológico y moral del hombre.

Cuando la Universidad cultiva la ciencia, educa moralmente en la estrictez con la aplicación escrupulosa del método, en el rigor del esfuerzo ininterrumpido que exige, en la quietud moral que forja en el espíritu del investigador, sin amortiguar la luz interior que le alienta, y en la noble pasión por la verdad que es el objeto último de la ciencia, del arte y de la moral. «La grandeza de un Sócrates, de un Lutero ó de un Pascal, —ha escrito Boutroux— consiste en haber buscado lo verdadero con una conciencia absolutamente libre, resuelta según sus fuerzas á no reconocer otra ley que la evidencia que se le impone».

Sin encerrarse en fórmulas dogmáticas, la moral científica ha encontrado los equivalentes del imperativo categórico, fundados, no en el «prejuicio del bien» sino en el amor á la vida, acrecentando su intensidad y actividad, que es expansión generosa.

Se ha dicho que la moralidad no es otra cosa que la unidad del ser y la inmoralidad, al contrario, un desdoblamiento de la personalidad. Esa unidad ininterrumpida é indestructible está en la naturaleza exterior y en la naturaleza psicológica del hombre.

Respetando esa unidad, la Universidad de La Plata cultiva desde temprano la planta humana: la recibe como una madre amorosa en la escuela primaria; la protege de los peligros circundantes y asegura su vitalidad, durante el internado modelo del Colegio Nacional. Después la entrega á la Universidad, en cuyo medio, el vigor primaveral comienza á apuntar en el verdor de los brotes y en la sonrisa á la vida.

La división del trabajo, aplicada al terreno científico, ha sido, sin duda, la propulsora de muchas disciplinas; pero ha hecho al sabio especialista á quien el árbol no deja ver el bosque... Del mismo modo el profesionalismo universitario, dotado de una competencia unilateral. Para salvar este peligro, la Universidad de La Plata instituyó hace algunos años, que no se otorgaría título de doctor ni diploma profesional sin haber aprobado por lo menos dos cursos á opción entre los de Filosofía, Historia y Letras. Acaba de coronar este pensamiento, que es de gran significación en la vida universi-

taria, creando la nueva Facultad de Ciencias de la Educación, que además de formar los profesionales de la enseñanza, recibe en sus aulas los profesionales de los distintos institutos, para invitarles á mirar, con auxilio de la Historia, del Arte ó de la Ética, es decir, de la verdad, de la belleza y de la justicia, más allá del cercado propio. Si es ciudadano de una democracia, para que conozca también la nueva moral y el nuevo derecho que la sociedad elabora: un nuevo carácter de la libertad, que consiste, no en poder hacer todo lo que no daña á un tercero, sino en poder hacer todo lo que no daña á sí propio ni á la sociedad, porque de otro modo, la libertad sería un derecho de los fuertes; un nuevo carácter de la igualdad, porque pone bajo el amparo de la ley numerosas relaciones de derecho que estaban sustraídas á la tutela del estado; un nuevo carácter del derecho que niega la existencia de derechos subjetivos cuando estos pretenden ser el poder del individuo de imponer su voluntad ó su personalidad; y en fin, un nuevo carácter de la justicia que abraza á la sociedad toda y hace su obra de armonía y de organización. Nuevos conceptos de la libertad, de la igualdad, del derecho, de la justicia que son fuerzas sociales y sentimientos predominantes, cuyo conocimiento corresponde por igual á todos los ciudadanos de una democracia y en particular á la clase culta y dirigente que se educa en la Universidad. Si la democracia es el gobierno que por definición supone mayor libertad, necesita, por tanto, de hombres con una clara noción del deber, con el hábito y la energía para dominar sus pasiones, con la aptitud para la asociación y la solidaridad. Si la moralidad es una unidad, no hay sino una sola moral, privada ó pública, porque es una é indivisible la conciencia y es absurdo admitir que un hombre puede ser correcto en su hogar y en la vida pública infrinja un reglamento como funcionario ó venda su voto como ciudadano. Del mismo modo en la vida de un pueblo. Los dictadores, los aventureros y los políticos sin escrúpulos, gobiernan á los pueblos que han renunciado á su dignidad en la vida privada. «Por eso el despotismo sabe bien á donde ha de dirigir su mortífera hacha para derribar el árbol; antes de cortar la copa procura destruir la raíz»; y la raíz es el sentimiento del derecho y del ideal.

En el seno de esta sociedad en profunda transición histórica, la Universidad debe culminar la obra educadora, iniciada en la escuela, elevando la dignidad de la vida y manteniendo alto el ideal ético. Debe formar al científico y al profesional, sin olvidar que es hombre y ciudadano. Debe, en una palabra, moralizar, que quiere decir, según el sustancioso concepto de Ihering no sólo no cometer una injusticia, sino no permitir que nadie la cometa.

Que ella forme y robustezca esa poderosa fuerza social que gobierna á los pueblos cultos —la conciencia colectiva ó la opinión pública— que enérgica y sin piedad cae sobre todos aquellos delincuentes que las leyes no califican de tales, pero que hacen daños positivos porque aflojan y corrompen los vínculos de la asociación humana.

Que el ideal ético social sea también su lema, abrazado con calor

de alma en este momento decisivo para la historia de la cultura, renunciando á la actitud del prudente de que nos habla Lucrecio, que desde las alturas del templo, gozaba en ver cómo los mortales erraban por el mar agitado. Y en el llano, y en contacto con esta realidad —de todos modos siempre fucunda como la tierra— sembramos la justicia, la paz y el amor, como hace dos mil años los filósofos griegos se ocupaban en simples especulaciones geométricas . . .

He terminado.